

“Segunda primavera mía”.
Juan Ramón Jiménez
en Argentina y Uruguay (1948)

“Second Spring of Mine”.
Juan Ramón Jiménez
in Argentina and Uruguay (1948)

Rosa García Gutiérrez

“Al fin llegamos a Buenos Aires ayer, después de visitar Rosario, Santa Fe, Paraná y Córdoba. Salimos de aquí con gran preocupación por mi parte, pues Juan Ramón iba resfriado... pero hay que irse haciendo a lo increíble: Juan Ramón dio dos conferencias más de las esperadas, visitó escuelas, besó a centenares de niños y señoras, abrazó a infinitos caballeros y se curó de la gripe”. “Juan Ramón se lo toma todo de lo más bien, no ve a un médico por nada de este mundo, duerme pocas horas y está hasta empezando a engordar ligeramente; por lo menos se le está estirando la piel y el dinamismo me deja a mi completamente exhausta: conferencias, colaboraciones, visitas a las escuelas, etc. Lo veo y no lo creo. Me siento en un cuadro tan irreal que a ratos se me va la cabeza”. “Juan Ramón dice él mismo que su caso es un milagro. No sé cómo no se cae redondo. Yo no puedo seguirlo y es inútil querer detenerlo”. “Juan Ramón dio tres conferencias más, siempre recibido con el mismo cariño y respeto. Para él ha sido volver a vivir, venir aquí, y nunca le he visto desplegar una actividad mayor. Parece mentira lo que resiste”. “Todo esto Juan Ramón lo resumió un día muy bien diciéndome: ‘Me van a matar, pero esto es vivir’. Porque el cariño que le demostraban por la calle, en los restaurantes, en los corredores del hotel, en los barcos, no es para contarlo. (...) Lo único que puedo decirte es que le han devuelto a Juan Ramón la salud y lo han vuelto a llenar de ilusión”.

El párrafo con que comienza la presentación de este monográfico lo forman fragmentos de cartas que Zenobia Camprubí escribió en Argentina en 1948 y alguna anotación en su diario. Muestran hasta qué punto el viaje que hicieron los Jiménez-

Camprubí al Río de la Plata entre los meses de agosto y noviembre de ese año significó para Juan Ramón, como él mismo dijo, una “segunda primavera”. “El milagro del español lo obró la República Argentina”, escribiría poco después de regresar a Estados Unidos, donde residía desde 1939, donde el exilio físico se vio agravado por el lingüístico, y donde, a pesar de sus esfuerzos por mantener el ánimo y de su contacto con determinados círculos amistosos, especialmente latinoamericanos, no solo se sintió “desterrado” sino “deslenguado”: “Cuando llegamos a puerto y oí gritar mi nombre, ¡Juan Ramón, Juan Ramón!, a un grupo de muchachas y muchachos, me sentí español, español renacido, revivido, salido de la tierra del desterrado, desenterrado con mi piedra de mi Fuentepiña en el bolsillo del pecho”. No exageraba: la profunda crisis anímica y los problemas físicos que arrastraba desde 1946 estuvieron a punto de frustrar un viaje que, seguramente, sin la perseverancia de Zenobia y sus negociaciones con Sara Durán de Ortiz Basualdo, presidenta de Los Anales de Buenos Aires y promotora de la gira de conferencias que sacó a Juan Ramón de su postración y su parálisis, no se habría producido.

En Argentina y Montevideo el poeta recuperó con creces un entusiasmo en el que desde 1936 quiso empeñarse contra su propio dolor, como acción y resistencia, ante el horror de las guerras, los totalitarismos y el exilio. Allí pronunció sus conferencias sociales, como él mismo las denominó, ante un público que abarrotó las salas de teatro en las que las pronunció y lo asedió con fervor; visitó instituciones educativas –una de sus grandes preocupaciones desde sus años institucionistas– y se maravilló con la escuela de Leticia y Olga Cosettini en Rosario, tan en la órbita del ideal pedagógico de su adorado Francisco Giner de los Ríos; y escribió en estado de gracia la mayor parte de *Animal de fondo*, un poemario central de la poesía moderna occidental que aparecería un año después en la editorial Pleamar que dirigía entonces Rafael Alberti en Buenos Aires: “Los poemas que voy a leer” –diría en una lectura que ofreció a los bonaerenses– “los debo tanto a ustedes como a mí. Si yo no hubiese hecho este viaje, no habría escrito estos versos”. A la vuelta, ya de nuevo en Estados Unidos, el aliento de aquella experiencia mantuvo un tiempo el brío del poeta: “Juan Ramón está en época de plena y regocijada creación”, escribe Zenobia en su diario unos meses después del regreso. Todavía a finales de 1949 el fulgor rioplatense lo alimentaba: “El día de la inauguración del Ateneo –se refiere Zenobia al Ateneo americano de Washington, que se inauguró en

octubre de ese año— estuvo estupendo. Estaba en voz y en forma y hablaba con una energía extraordinaria. Luego, desde la silla, lo veía en el estrado y me parecía el mejor tipo de caballero español lleno de dignidad sobria”. Juan Ramón seguía entonces entusiasmado con la posibilidad de repetir la gira de intervenciones públicas y ampliarla a otros países latinoamericanos de los que había recibido invitaciones —Chile y Colombia—, y con la idea de publicar, en la bonaerense editorial Sudamericana, un libro con las conferencias sociales que allí pronunció y algunas otras más en las que estaba trabajando. Razones propias y ajenas acabarían impidiéndolo: no tardó el poeta en sucumbir de nuevo al abatimiento y a la inactividad creativa, en necesitar periodos de ingreso hospitalario y, finalmente, en trasladarse a Puerto Rico por preinscripción médica con la confianza en que, nuevamente, el español obrara el milagro. Con todo, no es aventurado decir que el viaje a la Argentina y el Uruguay dio como frutos dos libros fundamentales de las literaturas en español del siglo XX: *Animal de fondo* y, todavía en periodo de gestación, pero considerablemente avanzado, *Política poética*, que, finalmente, solo hemos podido conocer en la edición póstuma que reconstruyó Germán Bleiberg para Alianza Editorial en 1982 a partir de la documentación que se conserva en la Sala Zenobia-Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico.

Si para Juan Ramón, que ya tenía 66 años, este viaje significó un renacer vital, poético e intelectual, su paso por diferentes ciudades de la Argentina (Rosario, Córdoba, La Plata, Santa Fé, Paraná) y su visita al Uruguay dejaron una huella intensa en jóvenes promociones poéticas que, con los años, reconocerían el magisterio de Juan Ramón y la capacidad que tuvo para reforzar vocaciones, reafirmar la pertinencia y la naturaleza propia de la poesía, y señalar caminos en un periodo de encrucijadas literarias, incertidumbres políticas y amenazas de expansión del nihilismo tras la devastación, aniquiladora de cualquier ideal, que impregnó las sensibilidades artísticas tras la Segunda Guerra mundial. Especialmente atento a la juventud como revulsivo y salvaguarda de la esperanza, Juan Ramón auspició actos para alentar y promocionar la joven poesía, pero también fortaleció lazos con poetas más que consolidados a los que admiraba (Macedonio Fernández u Oliverio Girondo) y retomó el contacto con un exilio español (Rafael Alberti, Guillermo de Torre, Rosa Chacel, Francisco Ayala) que, superando rivalidades y desencuentros del pasado, seguía viéndolo como un poeta enorme y como el

testimonio vivo de una España insobornable que, en su defensa impenitente de la legitimidad de la República, daba sentido al sacrificio del exilio. Todo esto ha sido objeto de análisis y reflexión en los diferentes artículos que componen este monográfico, pero no solo: también hemos querido detenernos en la más profunda reverberación del viaje de Juan Ramón al Río de la Plata más allá –en tiempo y espacio– del viaje, prestando atención a algunas muestras del significativo eco de *Animal de fondo* en la poesía en español. Siendo estos los tiempos que son, herederos de aquellos, tan desespiritualizados, sorprende su vigencia absoluta y emocionante, y el impacto que tuvo en algunos países latinoamericanos y en España, donde la controversial recepción del libro como consecuencia del campo cultural franquista no impidió la admiración devota de unos cuantos y unas cuantas poetisas que vieron en este último Juan Ramón una vía para el desarrollo de sus vocaciones.